Rancagua, 2 de Octubre de 1945.

QUERIDO GONZALO: Mi famoso artículo "En Rancagua un hombre obsequia una Escuela" ha promovido tal revolución que, seguramente, ni la caída de una bomba atómica produciría mayor conmoción. Un día fuí a visitar el edificio que se regalaría, invitado por el hombre que lo regala, y me llevé una gran sorpresa, pues yo esperaba que se trataría de una cosa sin importancia. Me impresionó. En Rancagua hay muchos hombres adinerados que podrían hacer mucho por la cultura, pero no realizan nada y sólo se contentan con devorar suculentos cauceos en el club. Miranda, como usted sabrá, es un hombre del pueblo, sin pretensiones, y, lo que es más valioso, es de una sencillez que cautiva. Para mi no existe nada peor y detestable que el "tonto grave". Por todas estas razones escribí dicho artículo, al que, en un comienzo no le dí importancia. Sin embargo, parece que pegué en el clavo, de tal manera que este modesto trabajo me ha valido más felicitaciones y satisfacciones que toda mi producción literaria junta, con el consabido disgusto, claro esté, de los Mr. Soto, Mr. Mery y toda la cursilería que deambula en torno de la mediocridad y la estupidez local.

La muerte de Cabret fué para mi algo rudo. Yo le conocí, como digo en mi artículo, desde que empezara a escribir en "La Tribuna". Y lo encontré siempre en cada parte donde estuve. Parece que él tenía una especie de simpatía, o debilidad, por mi. En Sewell iba a la estación a desahogarse un poco. No tenía nadie con quien conversar y toda aquella gente hosca, apegada al horario y el ritmo de la mina, le resultaba, me imagino, antipática, como me sucedía a mi. Muchas noches, ebrio y silencioso, me atajó en la calle. Atravesaba de una vereda a otra. Cierta noche llegué a un club político con el ánimo de encontrar una persona con quien conversar un poco. Entré solo a la sala de reuniones y me encontré con un velerio. Alguien me dijo : "Es un gráfico". Y nada más. Pasado un tiempo largo se me ocurrió preguntar el nombre del muerto. "Cabret", me contestaron de nuevo, sin importancia. Calculará usted mi impresión. Después sus compañeros me contaron toda la tragedia que había en este hombre. Y me salió el artículo, a la carrera, escribiendo en la misma sala donde le velaran, mientras al lado afuera me esperaban los gráficos que llevarían las carillas a la imprenta. Puede que el artículo no tenga ningún mérito, pero eso sí, hay una pequeña emoción, la angustia terrible e impotente de ver cómo alguien cae al lado mismo de nosotros sin poder tenderle una mano fraterna que, por lo menos, le diga que no esté solo. Días atrás un gráfico me ha dicho que el trabajo saldrá reproducido en un órgano de ellos, de Santiago.

Estoy terminando mi novela sobre Sewell. Me ha resultado fatigoso el trabajo porque he tenido mucho trabajo en la oficina y en las tardes salgo extenuado. El sábado en la tarde y el domingo en la mañana cuento solamente con tiempo para laborar en lo mío. A pesar de todo, el librito me tiene contento y, aunque dado lo reducido del número de páginas de la colección, espero que gustará a los que tienen interés en conocer el ambiente y sistema de vida de "El Teniente". Eso sí; los oportunistas, los que acomodan sus ambiciones, y gritan hasta desgañitarse sin sentir ni una mera inquietud por el dolor de los mineros, saldrán defraudados. Mis personajes son puros hombres y mujeres del pueblo que luchan con su destino sin más ayuda que el coraje de "rotos choros" que les viene por naturaleza. Yo he estado en la mina, recorrí los piques, las estocadas y los niveles acompañados de mineros, sin permitir la presencia de empleados del Bienestar, y conocí cada tramo, cada detalle del trabajo minero, desde que se empieza a barrenar el tiro, hasta que los "mojoneros" van con sus cajones de excrementos a botarlos a las buitras abandonadas. Y supe así cómo los auténticos héroes de la catástrofe, los mineros obscuros, atrapados por los túneles, que sudaron la gota gorda salvando a sus compañeros, han quedado al márgen de la grita, del escándalo. El pobre minero de nuestros minerales es explotado miserablemente por el imperialísmo y por los que trafican con su dolor y su esperanza. Es

[Carta] 1945 oct. 2, Rancagua, Chile [a] Gonzalo Drago [manuscrito] Baltazar Castro.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Drago, Gonzalo, 1906-1994

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

[Carta] 1945 oct. 2, Rancagua, Chile [a] Gonzalo Drago [manuscrito] Baltazar Castro. 1 h. ; 27 x 21 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile